

a esta misma hora, tus padres se conocían, se saludaban. No me parecían tan oscuras las piedras de esa pared. Alonso era entonces un zagal. No se calzaban las ruedas de los carros.

«¿Te quedarás?—le suplicó ella—La tierra es buena, la familia. La viña te necesita».

«Yo nunca saldré de aquí»—pensó Luisi, al verte.

«La viña, la familia»,—explicaba tu padre a los amigos de la capital.

«No, no, no, Luisi»,—dijiste—. Y horas después te encontrabas, sin tierra, sin muertos, te alejabas, en el tren.

Entonces comprendí yo, pobre aldea, comprendí que en mis viveros se había conseguido el primer ejemplar fuerte, «trasplantable», de toda una generación.

Envío.— A Jesús Delgado Valhondo, estas «costumbres de provincia».

A mi madre

Hace ya tiempo, madre, que te fuiste,
y aún mis ojos te ven desvanecida,
al volar de esta vida a la otra vida,
entre los que doliente bendijiste.

Parece que fué ayer cuando partiste,
tan desgarrada y fresca está la herida,
que en la triste y eterna despedida
a mi angustiado corazón hiciste.

Quiero reír para ocultar mi pena
porque no sepan lo que estoy sufriendo
cuando mi corazón está llorando.

¡Y por la noche, de misterios llena,
contigo sueño cuando estoy durmiendo
y te beso amoroso suspirando!

FRANCISCO PEDRERA CORTES